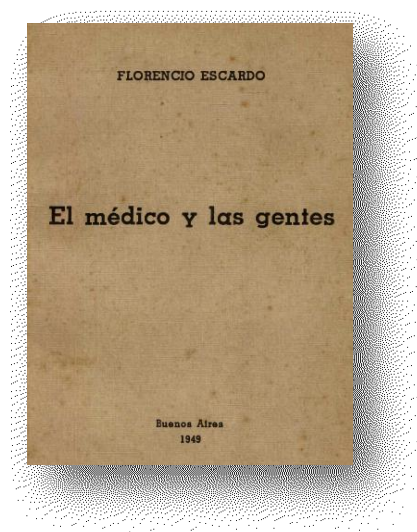


El médico y las gentes

FLORENCIO ESCARDÓ

A continuación se reproduce el texto completo del folleto «El médico y las gentes» (1949) del médico pediatra, escritor, ensayista y profesor de la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP así como de la UBA, Florencio Escardó. Puede consultarse su versión digital en [este enlace](#).



El médico y las gentes

Buenos Aires, 1949

A Francisco Nicola Rey

vivo ejemplo de la verdad de estas reflexiones

Alfred de Vigny acertó con un título famoso y definidor: «Grandeur et servitude militaire». La atmósfera fonética de la frase hizo fortuna y aun ahora todo ensayo que quiere ser comprensivo se atiene a la titulación binomia. Andan por el mundo cien trabajos que se llaman «Perfil y significación», «Esplendor y miseria», «Grandeza y decadencia», «Ubicación y símbolo»... y así por el estilo. Pero lo de Vigny no es una simple y gozosa combinación vocal; encierra sobre todo una fórmula moral indisoluble: No hay grandeza sin servidumbre. Más aún: toda grandeza radica en la

leal e íntegra aceptación de su condigna servidumbre. Claro está que me refiero a la grandeza moral, que es la única a que pudiera referirme. Por lo demás (¡pobre de mí!) no conozco ni reconozco otra. Digo y afirmo que no hay grandeza sin servidumbre. Para comprenderlo basta observar que si se busca la una sin la otra se cae en la evasión o en la traición. El mandatario que pretende la grandeza del mando sin la servidumbre del mandato se transforma en tirano; el artista que busca la grandeza sin aceptar la servidumbre impregnadora del arte se convierte en comerciante; el amor, el absoluto amor, señores, no tiene grandeza posible sin amorosa servidumbre; el rico que quisiera renunciar a la servidumbre ominosa del dinero se convertiría... en pobre; en pobre sin lugar a dudas.

Quede entendido que digo servidumbre como la noble sujeción a una mecánica de servir por aceptada y consciente solidaridad. Esa solidaridad heroica es la grandeza de la servidumbre y sin ella la servidumbre es servilismo. He aquí dos conceptos que conviene meditar en esta hora del mundo, y aun creo que en todas las horas; porque siempre ha andado por la tierra el servilismo pretendiéndose servidumbre. La diferencia es fácil y resulta útil de tener a mano: la servidumbre es el otro polo de la grandeza y como tal participa zodiacalmente de su esencia; el servilismo es mero acatamiento, lironda sumisión a todo lo que parezca grandeza, sobre todo cuando no lo sea. La servidumbre es una jerarquía funcional, el servilismo un rebajamiento.

Si hay una actividad humana en la que grandeza y servidumbre se unimismen venturosamente, ésa es la medicina. Los médicos son seres cuya vida está dedicada por entero a ayudar a vivir. Adivino la sonrisa irónica de quienes añaden por lo bajo, «y a ayudar a morir», y observo que el añadido es inútil por redundante y por pedestre. Morir no es solamente un verdadero acto filosófico como quería Novalis, sino, y también, morir es un verdadero acto vital. Ayudar a morir no es sino ayudar a vivir hasta el extremo. En ese trajín vivo y vital, los médicos casi no tienen tiempo de ver cómo viven ni cómo se desviven; la existencia les es tan hazañosa y tan afanosa que con cumplirla ya tienen bastante. Por eso es útil menester y saludable ejercicio que de vez en cuando nos detengamos a observar, tratando de ver qué es lo que miran los otros cuando nos miran. Eso es lo que intentaré hacer en estas páginas; si ellas contienen frecuentes citas de Osler^[1] y de Duhamel^[2] bien ha de estar; ellos, hondos y finos miradores de médicos, me han enseñado a mirarme y a mirarlos.

De la mano de tan ilustres manos vamos a reflexionar un rato sobre los meandros, vueltas y revueltas, semi secretos y cuasi misterios de nuestro antiguo arte, del que ustedes —buenas y malas gentes— tienen siempre lista la crítica y siempre propicio el usufructo. Tomaré al médico y a las gentes como entidades puras; cuando diga «el médico» me referiré al espécimen arquetípico y cuando diga «las gentes» a la masa múltiple y anónima, pero tipificable, que representa frente al médico el agente solicitante y juzgador. Entre ellas —las gentes— está la materia en que se ejercita y sobre la que se yergue la servidumbre y la grandeza del médico. Claro está que en

tratándose de afanes tales, casi no he de hablar sino de la servidumbre. No crea nadie, sin embargo, que estas páginas puedan ser ni un lamento, ni un reproche. Queda dicho que en mi planteo es la servidumbre, polo de toda verdadera grandeza, y añadido que estas razones sólo buscan un entendimiento leal o, si ustedes prefieren, un leal desentendimiento.

Existen muchas definiciones del médico, venturosas unas, desventuradas casi todas. De momento voy a atenerme a ésta: «El médico es el hombre que por inclinación y por deber se mezcla en lo que no le importa» (Duhamel). Bravo diagnóstico que nos pone de golpe en lo más vivo del tema que vamos tratando. En ese mezclarse del médico en lo que —de no serlo— no le importaría nada, está precisamente el duende mágico que mueve todo el drama de lo médico. Señala Osler que «el médico puede ilustrar mejor que nadie la segunda y más importante lección de la vida: de que no estamos aquí para sacar todo lo que podamos de la vida, sino para tratar de hacer más felices las vidas ajenas».

Claro está que el médico no es así porque se lo proponga personal e indiscretamente, sino que en función de las más profundas determinantes de su espíritu y ante las necesidades sociales elige libre y decisivamente ese concurso a la felicidad ajena, dejando de lado otras necesidades y aun las suyas propias e inmediatas.

Cuando el enfermo busca al médico no busca sólo que éste le cure la enfermedad: quiere además que lo ayude y acompañe en el desorden vital que esa enfermedad le implica. A nombre teórico de un reclamo técnico la gente busca en el médico un contacto humano; no le basta un hombre que la cure: exige también un hombre que la ayude a curarse, que la convenza de que debe curarse, que la anime a curarse y que le prometa pronto y vivamente que se puede curar. Pero eso no ocurre en un ambiente pitagórico y dialéctico sino en la vecindad tempestuosa de la angustia. El médico es el hombre de la hora de la aflicción y de la duda, de la premiosidad y del conflicto, el testigo inexcusable de los grandes momentos definitivos: el nacimiento, la impotencia, el dolor y la muerte, esos instantes en que la vida humana está asistida por el temor y la incertidumbre. El espectáculo habitual del médico es el hombre en el estado de crisis. Los momentos que preceden al goce y lo pregustan, o los que encierran la alegría y la satisfacción, están reservados al modisto y al peluquero, al *maître d'hôtel*, al arquitecto, al vendedor de automóviles o al florista; al médico, los minutos desolados y augustos. Por eso es explicable que haya tantos y tan buenos escritores entre los médicos, caballeros solidarios del segundo candente, del instante catastrófico.

Pero junto a eso, el médico es el individuo del apuro; casi toda su acción se rige bajo el signo de la urgencia. Y esta señal de premiosidad es tan significativa que con ella debe moverse con un a pesar suyo que —como no puede esquivarse— acaba por parecer de buen grado. ¿De dónde nace esa premiosidad? Casi nunca de la enfermedad misma; son pocos, contadísimos, los trances en que una vida depende del tiempo de llegada del médico. El apuro nace de otra fuente más

recóndita y menos somática; nace de la imagen que el enfermo y su ambiente se hacen de la enfermedad; nace del susto —para decirlo en buen romance—, nace del miedo, nace de la cobardía, nace de la impaciencia, nace de la impertinencia. Casi siempre la enfermedad puede esperar; casi nunca el enfermo quiere esperar. La invención del teléfono ha reducido en mucho el estoicismo. Esta realidad es la primera que se nos aparece apenas tomamos contacto con la medicina; lo sabemos de memoria al día siguiente de comenzar como practicantes a hacer «auxilios», que así se llaman simbólicamente; lo dan por descontado los muchachos que cruzan la ciudad en ambulancias ululantes y trepidantes. Pronto, muy pronto, nos enteramos del alto desnivel que media en el ser enfermo, entre su realidad psicológica y su realidad patológica; pero pasan los años y los años y no hacemos experiencia alguna, la gente sigue jugando con nosotros la fábula del lobo y el pastor mentiroso. Decimos en la noche la palabra tranquilizadora «no es nada, no se aflija», colgamos el tubo del teléfono y volvemos a la cama aún no enfriada, pero no podemos dormir. ¿Y si fuera cierto?... pensamos, y aunque sabemos que no es cierto comenzamos a vestimos apresuradamente... Al día siguiente la gente —la buena gente— se extraña si estamos irritables y de mal talante. Cuando los años jóvenes pasan y el físico ya no resiste esa vida hipertensa y el médico defiende su reposo imprescindible desconectando el teléfono, la gente —la buena gente— lo descalifica: «No tiene corazón...». Es bien curioso que quienes acuden al médico en procura de vitaminas apenas se sienten un poco fatigados no piensan nunca que el médico tiene también terribles cansancios y preocupaciones intensas, y amores venturosos o desventurados. La cantidad de médicos que padecen úlcera gástrica es enorme; los que mueren jóvenes de cáncer de pulmón son muchísimos. No son hechos casuales.

Es en redoblante tono de apuro que el médico debe ejercer los dos poderes ordinarios de la medicina: decisión y acción; su mecanismo mental tiene que funcionar en resorte espiral; cuando a todo otro profesional se le diría «Estudie y medite», al médico se le exige «Decida»; sus precauciones y estudios se consideran como dilaciones o, lo que es peor, como técnicas de encarecimiento profesional. Uno de los gigantescos equívocos del idioma es que al enfermo se le llame paciente... Entretanto al médico le va en la improvisación la esencia misma del juego, tiene entonces que pensar de antemano cuando está solo, cuando lo dejan. Es del mayor interés social que el médico disponga de tiempo libre, de espacioso silencio; pero la gente no quiere entenderlo así; tal vez piense que con que haya unos pocos que lo hagan es suficiente; bastará acudir a ellos en el momento crítico; sin embargo la sabiduría del médico, como toda sabiduría, sólo se afina en la meditación. «Un error cometido habitualmente —anota Osler— es el de creer que mientras más ve un doctor más experiencia obtiene y más sabe». Y agrega: «Lo que llamamos juicio o sabiduría es el conocimiento dispuesto para el empleo, puesto en acción, y que guarda la misma relación con el saber que el pan guarda con el trigo». Claro, añado yo, que no hay buen pan sin buen trigo y es, además, necesaria la levadura...

A la gente le gusta admirar al médico trajinado, que cumple su tarea con aire agotado y cuyo tiempo parece serle arrancado como una cosa vital; le place decir de un médico: «se le encuentra siempre» o «viene en seguida», sin pensar que eso nada o casi nada tiene que ver con la medicina. No digo que no sea real y ventajosa virtud en un médico que sea accesible y asiduo, pero me gustaría que la gente pensase qué saludable es que de vez en cuando no encuentre a su médico porque está poniendo en orden sus notas, meditando sus casos, repasando un libro fundamental y postergado. A la heroica imagen del médico premioso y agotado me placería ver comprendida la imagen del médico fresco, reposado y tranquilo. Y ahora séame permitido estampar aquí una frase que he dicho a menudo sin tener ocasión de escribirla: la mayoría de la gente no quiere un médico, prefiere un «valet» que sepa algo de medicina. Y sobre todo que acuda al campanillazo.

Yo asisto hace muchos años a un espectáculo que debería serme familiar y que, en cambio, me emociona cada vez: las reuniones de las sociedades médicas. En un salón casi nunca confortable, diez, doce, quince, pocas veces más, los galenos se juntan a leer y a escuchar, a describir y a analizar sus trabajos técnicos en un ambiente sin brillo, sin resonancia, sin trascendencia pública. Y se afanan y preocupan y... se indisponen. Yo los miro permanecer allí hasta muy tarde, levantándose a cada rato, inquietos y acuciosos para saber de sus pacientes y pienso que han trabajado todo el día, que han comido de pie o no han comido, que han dejado sus mujeres y sus hijos para ir, en la hora en que los otros acuden al teatro o al cine, a secretarse sus observaciones y sus conceptos. Todavía al retirarse, todos, uno por uno, se acercan al teléfono y hacen a la esposa desvelada la pregunta que significa el anclaje al deber, el grito de la torre de la vela: «¿No llamó nadie?». Y me consta que se quedan inquietos si llamó alguien y que se quedan inquietos si nadie los llamó. Porque justo es anotarlos: los médicos ponen gusto en el servicio ajeno y naturalidad en el sacrificio; son los únicos que no alcanzan a comprender la clave filosófica del travieso Tom Sawyer, de Mark Twain: «El trabajo consiste en lo que uno está obligado a hacer y el juego consiste en lo que uno no está obligado a hacer».

Pero es que al médico no le basta, no le puede bastar su perfeccionamiento técnico; su ser humano se secaría en él como una planta voraz que agotase su propia tierra. Toda labor profesional —cualquiera sea su estilo— tiende a estrechar la mente y a limitar el punto de vista, marcando de esa angostura lo más profundo del ánimo; el médico, cuya labor profesional está en todos los momentos de su vida entera y no sólo en determinadas horas, necesita más que nadie evitar ese angostamiento. La gente intuye que si cuando llama al médico sólo viene un médico no viene casi nadie; requiere, aun sin haberlo pensado jamás, que el médico venga doblado del hombre, del ser humano ejercitado en la universal profesión de vivir y es por eso —no por su saber inmediato— por lo que lo juzga y lo valora. «Es muy simpático, es encantador, es nervioso, es muy cortés, es seco, es grosero, es buen mozo...», dicen de inmediato las gentes y sobre todo las mujeres (*Feminae sunt Medicorum tubae*). Y hay en esa apreciación una valoración justa y certera. De ella resulta un aspecto positivo y halagüeño de la relación entre el médico y las

gentes; la clientela ve con placer y con solidaria satisfacción las actividades extra profesionales de su doctor, le place que viaje, que tenga notoria actividad artística, cultural o deportiva. Consciente o inconscientemente la gente adivina que gana con ello en mejor calidad de médico... El reproche de dispersión o distraimiento no viene nunca de la gente. No voy a decir aquí de quienes viene. La gente no tiene esos celos; siente que cuanto mejor ejercitada esté la humanidad de su médico, más eficaz sería su servicio profesional. «Desconfío de los médicos que escriben», me hacía decir «cierto buen hidalgo particular que desdeñaba el arte». Hace bien —pensé en responderle—, ¿pero no sería más justo desconfiar de los médicos que no supiesen escribir?

Vemos que el médico es el hombre de los momentos críticos; es que la medicina se confronta con la vida —nada menos que con la vida— y la vida parece concentrarse en los instantes agudos como si se gastase de golpe. Parece nada, dicho así y como al paso, que la medicina se confronta con la vida, pero ello significa una aventura tremenda. «En ello reside toda su grandeza y toda la razón de ser de sus incertidumbres. El progreso mecánico es cosa de juego: propone una serie de problemas que todos y a su tiempo son finalmente resueltos. En medicina la reserva de desconocido, de insoluble y de ilógica es inagotable» (Duhamel). Cada avance de la medicina no es tan ilustre por la cantidad de conocimiento que aporta como por la mayor zona de misterio que revela. Todos los médicos lo saben y, sin embargo, hacen sin cesar un permanente esfuerzo para atacar esa reserva de incógnita y transformar lo desconocido en conocido. Pero esa lucha, esa pugna sin tregua ni respiro, no se traba cómoda y académicamente en el campo universal de las ideas: se plantea y resuelve —quieras que no— de hombre a hombre, en duelo singular y cara a cara con el paciente de cada día y de cada hora. Conocemos, tocamos, medimos con pavorosa conciencia los límites de nuestra ignorancia y, sin embargo, somos asaltados sin piedad por la gente que exige precisiones, exactitudes, seguridades, garantías, con la inocente insistencia de aquel clientecito mío que me preguntaba sin tregua: ¿En dónde duerme la Luna?, enojándose por la vaguedad de mis respuestas. Esa inquisición irresponsable y responsabilizadora es una de las torturas consuetudinarias que nos inflinge la gente y que quisiera reprochar a la gente; lo haré por evasiva elegancia con palabras de Georges Duhamel: «El necio que, gracias a su periódico, no carece de alguna idea sobre el planeta Marte o las dificultades internas de la China se encuentra infinitamente iluminado en lo que se refiere a las enfermedades y su tratamiento. Dentro de su cerebro deslumbrado revuelve en mescolanza los axiomas de la publicidad ilustrada, las comunicaciones académicas y las afirmaciones del vulgarizador hebdomadario. Capta al mismo tiempo que el “Limpiol” es para los riñones como un cepillo y que la “Voluptina” devuelve el vigor genésico a los cadáveres, que un sabio japonés ha descubierto partículas de manganeso asimilable en los bigotes de las focas blancas y que la banana cruda contiene un almidón indigestible. Y maneja estas precarias nociones del mismo modo que un mono manejaría sustancias explosivas. Y a propósito de cualquier cosa habla de vitaminas y de rayos ultravioleta. El médico llamado a asistir un enfermo se ve interrogado por estos haraganes desafiantes e

insidiosos sobre la última comunicación a la Academia de Medicina acerca de los recientes métodos alemanes, americanos, soviéticos, y sobre la superioridad de la vacuna C. B. J. sobre la vacuna D. K. C.»

Es en defensa de estas situaciones que el médico se hace apodíctico, categórico y autoritario; son maneras que, a falta de humorismo, le permiten evadirse de ser puesto contra la pared por cualquier lego impertinente. Pero es también comprensible la actitud del enfermo que inquiere e inquisiciona; desea saber, no como un acto de conocimiento, sino como un método de constricción humana; quiere que el médico se ocupe de él de una manera intensa, profunda, prolongada, total; ansia ocuparlo y preocuparlo. Ese acercamiento estrecho e intencionado entre enfermo y médico suscita, entre otras, dos situaciones peculiares que merecen atención especial: el llamado secreto médico y el problema de la libre elección. Se piensa que el secreto médico atañe solamente al diagnóstico; pero el contacto humano entre médico y enfermo es tan amplio que lo que el médico «llega a saber» va mucho más allá de lo que se quisiera que supiese; no hay cortapisas para su mirada, ni limitaciones para su entremetimiento. Por algo el augusto Juramento Hipocrático, que convierte nuestra profesión en estado nos advierte, el día mismo que nos consagran doctores, que admitidos en la intimidad de los hogares nuestros ojos deben ser ciegos y nuestros oídos deben ser sordos.

La visión periférica del médico es terrible; él sabe, por más que no lo quiera, si la hermosa actriz padece de una hernia de ombligo; si al prestigioso militar que manda los desfiles le grita la esposa en la intimidad; si el conocido filósofo está lleno de supersticiones, si el duelista atrevido y matasiete tiembla cuando le van a aplicar una inyección; o si el juez jubilado de austeridades tiene relaciones con su ama de llaves. Toda la convenida arquitectura de la pretensión humana se derrumba en la hora diminuta de la cataplasma, la enema o el gargarismo. Se habla y se escribe mucho sobre el secreto médico y sus aspectos jurídicos y sociales, pero apenas se tiene en cuenta ese hecho moral admirable que significa la discreción médica. No voy a negar que, para vergüenza de la corporación, haya médicos indiscretos, pero son muy pocos y ya veremos cómo la sociedad pronto los aísla y neutraliza; de cualquier manera ellos son los menos, su escaso número se diluye en la enorme circunspección general, que aceptando la fuerza de la convención en cuanto tiene de útil y de sano, sigue considerando a las gentes como ellas quieren ser consideradas y no como de ropa adentro el galeno las ha visto ser. Ello no impide que el médico tenga una peculiarísima visión de la humana grey, que se traduce en ese desenfado particular, en esa categórica confianza, en esa mirada desaprensiva, que poco a poco vamos adquiriendo con el ejercicio profesional. Una frase cuya atroz vulgaridad me ha repugnado siempre afirma que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Basta meditar un minuto para caer en la cuenta de que lo pequeño es, precisamente, la mirada de un ayuda de cámara.

Es, en cambio, excelencia de la profesión médica que a nuestros ojos la gente siga siendo grande, no sólo por encima sino también en razón de su dolorida intimidad. Por algo afirma Osler que la lección más difícil de todas las que tiene que aprender el médico es saber que la ley de la vida superior sólo se completa con el amor, es decir con la caridad. Nosotros podríamos decir parafraseando al santo, «*Charitas medici urget nos*».

Pero existe también el otro aspecto de la visión; si el médico consigue o debe conseguir la mirada neutra y empapada de comprensión, el enfermo ejecuta cada vez ante esa mirada un acto de desnudamiento, de entrega y de súplica. Mucho de lo que solemos atribuir a ingratitud de nuestros enfermos es sólo efecto de un mecanismo de defensa mediante el cual pretenden hacer olvidar una intimidad sorprendida, una vergüenza descubierta; y es por eso absolutamente lógico que suelen ser más ingratos precisamente aquellos enfermos a quienes servimos mejor.

Siendo así, no es sino natural y además respetabilísimo que «el hombre herido por el desorden orgánico tenga la posibilidad de elegir la persona a la que forzosamente tendrá que confesarse, delante de la cual, de buen o mal grado, deberá mostrarse más o menos desnudo, débil, desposeído, miserable o ridículo» (Duhamel).

Esta elección es una de las necesidades más intensas del enfermo y motiva hechos dramáticos en las relaciones entre las gentes y el médico; los pobres que frecuentan el hospital llegan siempre mediante argucias y cálculos a hacerse atender por el médico que prefieren, filtrándose siempre por las limitaciones y los reglamentos. Cuando un médico cambia de hospital es habitual que las gentes de humilde condición opten por hacer largos trayectos con tal de no perder su asistencia, sobrepasando al precio de la fe y de la confianza, las molestias de viajes incómodos y de horarios desapacibles. De mí puedo decir que esa adhesión un poco astuta de la gente anónima me ha confortado en momentos de angustia y de injusticia que no han faltado a mi profesión. Esa predilección, como todas las afinidades electivas, supone, por otra parte, caprichos, celos, infidelidades pequeñas y grandes, traiciones, crisis de odio y de ternura. «A través de los fastidios, de las decepciones, los peligros y las alegrías de esa profesión difícil y magnífica, el verdadero médico marcha con prudencia y paciencia» (Duhamel). Es justamente el juego de esa libre elección lo que hace que, de los grupos diferenciables que integran la sociedad, el grupo médico sea uno de los más significativos como índice de la misma; no tanto por lo que muestra en sí cuanto por el modo con que el conjunto humano en que actúa lo considera y refleja. Ello proviene de que el médico resulta una encrucijada en que se encuentran lo cultural y lo primariamente humano. Ambos factores se equilibran o desequilibran en el médico y en él se consoportan o desnivelan. La cultura del médico es cultura urgida por las necesidades del medio; éste le exige que sepa pronto lo mejor que se sabe. «Una de las principales glorias, y de las características únicas de nuestra profesión, es que sea cual fuere la parte del mundo en que se ejecute algún trabajo, si posee algún valor es utilizado rápidamente» (Osler). Si la fuente del saber

está cerca y el acceso es fácil, la adquisición del saber también lo será; si la fuente está lejos y el acceso difícil, la adquisición será penosa y oblicua, pero en cualquier caso obligatoria y necesaria de toda necesidad. El saber de los médicos refleja y pone en acción la obra de los investigadores; por eso son, tienen que ser, superiores los médicos de los países donde residen y actúan los investigadores. «El saber de un investigador realmente grande —ha escrito Osler— equivale para su país al de media docena de elevadores de granos o de un nuevo ferrocarril trascontinental; mas —añade— trátase de un artículo muy caprichoso y variable que no puede obtenerse a voluntad». Por eso, cuando se alcanza la fortuna de tenerlo a mano —agrego yo como médico— hay que valorarlo por cuanto representa como dignidad nacional y por cuanto significa como progreso material.

Si en lo intelectual el médico tiene que mantenerse en permanente contacto con la ciencia pura, en lo profesional necesita un apretado contacto con el hombre, sin perder ni en un solo instante ni una partícula de su personal independencia, porque «el ejercicio de la medicina es un arte, no un negocio; una profesión, no una industria, una actividad en la que se ejercita por igual el corazón y la cabeza». «A menudo —nos advierte Osler— la mejor parte de vuestro trabajo no tendrá nada que ver con pócimas y polvos, sino con el ejercicio del influjo del fuerte sobre el débil, del justo sobre el malvado, del sabio sobre el necio. A vosotros, como consejeros en quienes la familia reposa fe, el padre vendrá con sus ansiedades, la madre con sus ocultos dolores, la hija con sus tribulaciones y el hijo con sus locuras. Por lo menos la tercera parte del trabajo que realicéis figurará en otros libros que los vuestros». Para poder actuar así, con valor y con ánimo resuelto frente a las necesidades físicas y morales de su prójimo, el médico tiene que conservar, repetimos, sobre todas las otras condiciones de su carácter dos esenciales y primordiales: su independencia espiritual y su libertad moral. Sin ellas el médico casi no es médico, pierde su esencia aunque conserve su título, que es conservar casi nada. La gente reconoce implícita o explícitamente en el médico ese aliento de libertad, esa independencia de individuo que es toda su fuerza y su signo moral, y desprecia más al médico que se hace mercenario que a cualquier otro profesional en igual trance.

Tal vez quieran decirme ustedes que mis apologéticas sólo pueden aplicarse a un médico ideal y yo podré responder que de él estoy hablando; pero a poco que me apuren afirmaré que no hay médicos malos, sencillamente porque no puede haberlos. Cuando un médico es incompetente o inmoral, o simplemente desafortunado, la sociedad, las gentes, lo abandonan, lo aíslan, lo segregan hasta tornarlo inofensivo a fuerza de insignificante y olvidado; es la gente y no la medicina quien hace a los médicos grandes o pequeños. Nada como la profesión médica es más directo resultado social. Cuando afirmamos que haciéndose una función del estado, «aun honestamente retribuida, la medicina arriesga perder no solamente su nobleza sino también, y sobre todo, la independencia, que es su carácter esencial», no miramos tanto a la independencia personal del médico, por cara que nos sea, cuanto a la seguridad moral que significa para el

paciente la libre elección de su médico y la garantía que esa libertad representa de que los malos profesionales sean poco a poco e inexorablemente puestos de lado por el fino sentido selectivo del pueblo sufriente. Basta pensar un poco para observar que esta selección —acto vital y defensivo por excelencia— se torna imposible cuando el médico se transforma en funcionario.

En lo personal tampoco hay médicos malos; el pésimo para unos, es seráfico y genial para otros; por eso hay tantos tipos de médicos como hay grupos y subgrupos en la humana psicología. Cada cual busca y encuentra el médico que prefiere: aquel técnico y sin periferias será buscado por la gente culta y responsable de sí misma; el buen mozo y galanteador por las damiselas casquivanas; el tierno y paciente por los tímidos o apocados; y aquel otro con ribetes de charlatán por aquellos que gustan ser deslumbrados y que con ello se consuelan y satisfacen. Cada ser humano tiene el médico que merece y sinalagmáticamente cada médico maneja la clientela que le corresponde. Es segura vía de conocimiento psicológico valorar a cada médico por la clientela que lo busca, así también como acertado conocer a la gente por el médico que prefiere. No juzguen nunca a los personajes por sus discursos, o declaraciones; valórenlos por los médicos que escogen...

El hecho de que el médico entiende de las enfermedades ha creado el concepto de que es un auxiliar de la Naturaleza, a la que secunda y acompaña. Nada más erróneo y —sobre todo— más equívoco. Como técnico el médico es un estudioso o, si ustedes prefieren, un estudiante de la Naturaleza; pero como profesional encara actos humanos, vale decir casi del todo no naturales. La Naturaleza se comprende dentro de grandes reglas y tanteos gigantescos; sus crueldades y monstruosidades son también naturales. El médico, en cambio, busca y bucea cada vez la excepción, la rectificación del error y la corrección de la monstruosidad. Si una enfermedad produce estadísticamente anotada el 98 por 100 de muertes, él se empeña en encontrar el 2 por 100 favorable y se entrega a ello con tenacidad absurda y admirable. Cree de absoluta buena fe que todos los niños que nacen deben vivir y profesa, contra toda evidencia, que la mayoría del sufrimiento humano es sufrimiento perdido. Lejos de secundar a la Naturaleza casi siempre lucha a brazo partido con ella, como luchó Jacob con el Angel y como Jacob tiene que tolerar que cuando le pregunte su nombre el Angel le responda: «¿Para qué quieres saber mi nombre?» y también como el mismo Jacob, dice todos los días mirando la Tierra: «¡Cuán terrible es este lugar!».

La Naturaleza se toma tiempo para sus experiencias enormes; el pobre médico tiene siempre apuro porque el enfermo lo tiene; apuro durísimo y angustiado. No, el médico no secunda a la Naturaleza; bien al contrario combate a cada minuto para que la Naturaleza lo secunde. Y en lo desigual de ese combate está su gloria. El médico realiza una curiosa mezcla de escéptico y de optimista que espera contra toda esperanza. «*Spe contra Spem*» pudiera ser su lema.

He querido señalar especialmente este alto coeficiente de solidario absurdo, porque de su existencia tan notoria como poco reconocida nace una situación especial: la gente encuentra tan natural que el médico lo asista en cuanto a hombre que no valora en casi nada ese concurso. Admira con gusto la técnica, la realización, y aun la decisión, pero tiene en muy escasa cuenta el compromiso. Por eso es mucho más fácil ser cirujano famoso que clínico célebre. La solidaridad humana que en todo momento se requiere del médico se da por descontada y, por lo tanto, se valora en muy poco y se agradece en casi nada. Lo curioso, y en cierto grado emocionante, es que el médico vive espiritualmente de esa cuota de mal pagada efusión y cuando le mandan de regalo una gallina o un pastel casero se regocija como un niño y se conmueve como un adolescente; en su regocijo y en su conmoción hay un significado intenso; el médico comprueba que existen gentes que entienden que cuando le han pagado no le han pagado cuanto dio, y no hay comprobación en el mundo que le haga tanto bien como esa verdad sencilla. También por eso le duele mucho que para la gente sean siempre caros los honorarios del médico y que cuando quieran descalificarlo lo llamen «comerciante». Yo me he preguntado muchas veces qué pensarán los honrados comerciantes (que alguno debe haber) del nombre de su profesión convertido en insulto. «Yo no les cobro a los pobres por decisión mía, y a los ricos por decisión de ellos» decía nuestro magnífico Eduardo Wilde. El abogado que reparte jurídicamente los bienes de un rico gana *«ex jure»* mil veces más que el médico que cuidó su vida toda, y a mí me parece natural: el juicio sucesorio asegura la riqueza de los herederos; la acción del médico, por mala que sea, siempre amenaza retardarla. No se me diga que hay médicos interesados y tacaños con su profesión; si existen son casos personalísimos; en cuanto a médicos, los médicos son desinteresados; miren ustedes conmigo el ancho campo de la sociedad y de la historia y verán qué pocos son los médicos ricos; no hay médicos enriquecidos por obra de su trabajo profesional. Somos, en cambio, ricos de otra riqueza imponderable, pero real; esa que de un modo amplio pero significativo se comprende dentro de lo que se llama amor a la profesión.

«La gran mayoría de los médicos aman su profesión y aceptan su servidumbre; si no es así acaban por abandonarla. La mayoría de los médicos sienten con más o menos impulso, con más o menos brusquedad, con más o menos candor o escepticismo el sentimiento de la caridad aun cuando, por explicable pudor, afectan defenderse o desconfiar de él; los espectáculos, los actos mismos de la medicina, la frecuentación de gentes inquietas, disminuidas, irritables, dignas de piedad, ingratas; el olor de los enfermos y de los heridos, sus exigencias, sus caprichos, los peligros del contagio, las responsabilidades jurídicas, materiales, morales de semejante profesión no estarían en modo alguno compensadas por los beneficios, siempre duramente adquiridos y a menudo cruelmente discutidos, si no interviniese con el sentimiento de la caridad, el gusto por ese oficio, el amor por esa misión y, quiero también declararlo, el deseo de esa particularísima autoridad que ella confiere todavía, de cuando en cuando, en nuestra moderna sociedad» (Duhamel).

Todas las servidumbres del médico derivan de una servidumbre esencial: su profesión se ejerce merced a una directa e intransfundible dación de persona. Sean como sean los trabajos en equipo o las más perfectas organizaciones burocratizadas, oficializadas o socializadas, el hecho médico es, al fin de cuentas, un contacto de hombre a hombre, o no es más que una ilusión o una simulación y en ambos casos una fuga o un escamoteo. Si para cualquier profesional o trabajador la ausencia de su persona implica una merma de la actividad y del rendimiento, en el médico la ausencia física es la amputación instantánea y total. El abogado, el ingeniero, el comerciante, el artista pueden lograr que en mayor o mejor grado su pensamiento puesto en marcha actúe y rinda por algún tiempo y siga funcionando en su ausencia; el trabajo del médico es un cambio indelegable: cada viaje, cada descanso, cada enfermedad le cuesta lo que gasta y lo que deja de ganar. Si un gerente de fábrica se fractura un hueso puede seguir mandando desde su yeso; si el médico se fractura y lo enyesan es posible que la gente lo consulte por teléfono, pero es seguro que no le paga por ello.

Es que el médico, como el caracol su casa, lleva su profesión a cuestras y adondequiera: en un tren, en una playa, en mitad de un concierto, en la sobremesa de un banquete, en una fiesta de cumpleaños o en el velatorio de una anciana, cualquiera le consulta su caso, le pide una receta, le requiere una opinión técnica o le recomienda un amigo, y eso en seguida, ahí nomás, sin preámbulos y sin compensaciones. ¿Quién haría lo mismo con un arquitecto, un químico o un corrector de pruebas? Nadie. Al médico se le pone en el trance con la misma desaprensión que se dice al músico: «¿Por qué no toca algo?». Lo tremendo es que nosotros tocamos... Este es el aspecto trivial de la accesibilidad del médico; el terrible y peligroso es que a él llega, con sólo presentarse, cualquiera que lo busque: el irritado, el iracundo, el furioso, el neurópata, el loco. Ahí está la lista nada escueta de médicos muertos en sus consultorios por gente desequilibrada y ahí está la vida admirable y decidida del doctor Francisco Nicola Reyes, postrado en cama desde hace 20 años por la bala que le disparó el padre de un niño a quien no había asistido jamás...

Todo hombre puede poner una barrera entre el mundo y su persona, elegir sus visitas, clasificarlas y ubicarlas; el médico está para el primero que llegue con sus buenos y sus malos humores, con sus buenos y sus malos olores... «Para eso es médico» dice la gente. Y tiene razón, que es lo menos que puede tener la gente y todos aquellos que no saben tener otra cosa. Esa es una enorme cuenta abierta que la sociedad tiene con los médicos, con todos los médicos, desde el rangoso especialista de hora prevista y último consejo hasta el trajinado médico rural, que lucha con la enfermedad, con el barro y, sobre todo, con la desconfianza campesina de aquellos que cada vez que hacen un viaje a la ciudad para comprarse ropas nuevas aprovechan para visitar al médico ciudadano, sólo para controlar si el médico lugareño se porta bien y «está acertado». Todos los médicos y cada uno damos en nuestra medida esa solidaridad humana cuyo soslayamiento se nos reprocha como una traición y por cuya fluencia se nos valora en casi nada.

Y aquí llegando, aunque sea síntoma de médico viejo el hacer cuentos más que cuentas, voy a traer uno personal por lo que significa y por lo que traduce:

Hace ya unos años una encantadora dama me llevó a la consulta su hijo asmático y desde largo sufriente. Pude, creo que casualmente, demostrarle que el problema del niño, un disminuido prepúber, no era cuestión de drogas, sino de gimnasia, de libertad, de higiene psicofísica, y tras muy pocas visitas no volví a ver más ni al chico ni a la madre. No pude, sin embargo, olvidar la expresión ansiosa y atormentada de la bella señora. Hace poco, cuando estaba yo meditando estas páginas, volvió a visitarme con su hijo convertido en un hermoso atleta de quince años, brillante escolar y campeón de natación de su categoría en la Capital y en varias ciudades litorales. Del asma no quedaban rastros, el problema era otro: la mamá quería saber si no pudiera ser perjudicial para el joven tanto éxito deportivo; le respondí que no, mirando con satisfacción de médico la apostura de aquel adolescente griego...

La dama ya no se retorció las manos, ni su voz se ahogaba en lágrimas; como Cornelia consideraba tranquila a aquel mozo como el justo y natural fruto de sus entrañas y yo me complacía en su complacencia cuando, de pronto, respondiendo quién sabe a qué recónditas e inextintas desolaciones, me dijo más o menos estas palabras: —De todos los grupos humanos al que menos aprecio y consideración tengo es, precisamente, a los médicos...

Y ante mi mirada interrogativa prosiguió segura de una apreciación feliz: —Se limitan a pensar en una enfermedad como concepto aislado, sin reparar en el ser humano que la sufre y la soporta.

Comprendí sin dificultad que la irritada señora quería vengar en la clase galénica todos los largos años de asma de su hijo y me animé a preguntarle: —¿Por qué cree usted que lo hacen? La respuesta fué sin rodeos: —Por ignorancia, me contestó.

Yo no le dije nada, ¿qué había de decirle?, pero sentí encenderse de pronto en mi cabeza el núcleo de estas meditaciones y también sentí cómo, a pesar mío, este discurso se iba deshilvanando en mi interior:

«Hace cinco años que este mozo, gracias a mis consejos, se ha transformado de un inválido en un atleta; los fantasmas sibilantes del asma se han perdido como un mal recuerdo entre los sucesos de la infancia. Yo, el humilde agente de esta curación, hubiese merecido... una tarjeta postal al fin de cada año, una maceta de barro con malvones a la entrada de la primavera y, sobre todo y cuando menos, la información de mi buena fortuna ya que no de mi ciencia; ese dato me hubiese dado confianza en mí mismo y válida experiencia para ensayar el procedimiento en otros. Nada, ni una sola palabra. En el concepto del cliente yo estaba pago con aquellos pesos que no llegaron a ciento...» Pero la señora, razonante y absoluta, desprecia a los médicos porque no se internan en el problema total de cada enfermo. No lo hacen por ignorancia señora, está escrito en

todos los libros, lo hacen por defensa, por economía de sentimentalidad, por necesidad de seguir viviendo; por poner un término necesario al desvivirse... Una vida no soporta fácilmente un afanoso contacto con otras vidas sin desgastar pavorosamente la propia. Cada enfermo que se nos acerca nos trae la suya en estado de crisis y, poco o mucho, consigue interesarnos en ese sacudimiento; después... Ese después está bien expresado en un viejo grabado holandés, que diera algo por poseer; representa en tríptico los momentos de la actuación del médico; en el primero el enfermo está grave, rodeado de sus desolados parientes; el doctor aparece en la puerta en la dulce y luminosa figura de un ángel. En el segundo, ya en el instante de dar de alta al paciente, éste y los suyos saludan al galeno que entreabre la puerta en la simple y corriente figura de un hombre. En el cuadro tercero la familia, reunida alrededor de la mesa, comiendo y bebiendo, recibe la nota de los honorarios y el médico es evocado en la tosca figura de un diablo de patas capriformes...

Conste que yo no protesto; es así y aun parece que tiene que ser así en la misteriosa y siempre asombradora acomodación de las pasiones humanas; yo sólo lo compruebo y lo describo sintiendo que, como Anteo de su contacto con el suelo, de ese estado de cosas nos nace la fuerza y la excelencia. Todavía más; la nueva y triunfante filosofía de la medicina, el psicosomatismo, nos exige la asistencia total del hombre con especial cuenta de sus procesos anímicos y sentimentales. Volvemos así por novísimos vericuetos a darnos de manos a boca con aquella palabra que tantos equívocos ha arrastrado para la profesión médica: sacerdocio. Nos guste o no nos guste, fuerza se hace contestar a esta pregunta: ¿Adónde van a parar, lejos ya de las religiones y poco menos que imposible el ensueño en esta hora en que la dinamita y el trinitrotolueno son ya antiguallas en materia de destruir y de aterrorizar, adónde van a parar repito, los angustiados, los inseguros, los neuróticos, los excitados, los complejizados de toda laya? ¿Adonde los hombres desesperados que, como un mecanismo de supervivencia, han encontrado la conversión somática de sus conflictos espirituales? Y, sobre todo, ¿adónde pueden ir? Mal que pudiera pesarnos (que no nos pesa) a nosotros vienen; y nosotros los médicos, luego de haber soñado ingenuamente una era maravillosa de remedios soberanos que curaran fácilmente los males físicos del hombre, y después de haberla alcanzado casi plenamente, hacemos de nuevo frente al caos del hombre atormentado, como en la primera hora del miedo primitivo, del hombre que para aliviar su tormento nos atormenta también un poco, y tratamos de permanecer serenos contra la continua, persistente y desagradecida demanda de su inquietud.

El sacerdote, el artista, el amigo más íntimo oye la confidencia del desorden y aconseja o comenta; a lo sumo apoya; el médico, el pobre médico, injusta señora de mi cuento, tiene que hacerse cargo del desordenado. Y mal o bien, mucho o poco, acertado o inhábil, lo hace lo mejor que puede, porque es el hombre que por tendencia y por deber tiene que meterse en todo lo que no le importa...

Yo no les pido que lo reverencien, sólo les pido que por un momento, invirtiendo las situaciones, lo comprendan un poco. Y me conformo con un poco, porque sé de antemano que no puede ser mucho.

Malos o buenos, eficientes o no, los médicos somos hombres marcados, hombres marcados por la íntima marca de la medicina, que hace que nos reconozcamos y nos acerquemos unos a otros en cualquier parte del mundo, en todos los paisajes de la tierra o del espíritu, y que en todos los idiomas y por todos los medios los médicos nos comuniquemos nuestros aciertos y nuestros errores. Nuestros errores, buenas y malas gentes; el médico es el único trabajador intelectual que publica y documenta sus propios errores, para que otros no caigan en ellos. Le espanta el error por la calidad, no por el número; le espanta porque sabe que se ejerce sobre un ser humano. «Con una errada conjetura —escribía Martín Martínez hace 320 años— mata más un general en un día que un médico en cien años», pero eso no lo consuela aunque sepa por boca del mismo Martínez que «acertar siempre en esta materia no es de hombre sino de Angeles». Con esa dirección espiritual sobrelleva la servidumbre a su grandeza. «Sabe que no puede, piense lo que piense y haga lo que haga, sino actuar como médico y pensar como médico. Cada palabra que pronuncia, lo quiera o no lo quiera, es palabra de médico. Guarda en el fondo de sí mismo el placer de cuidar y la necesidad de curar. Y, en el fondo de su corazón, no renuncia jamás a sus privilegios, porque esos privilegios son sus obligaciones, ni renuncia a sus poderes, porque esos poderes son antes que nada sus imperiosos deberes» (Duhamel).

1. WILLIAM OSLER. *Aequanimitas*. Trad. esp. The Blackiston Comp. 3B. Ed. Filadelfia, 1942.
2. GEORGES DUHAMEL. *Paroles de Médecin*. Edit. de Rocher. Mónaco, 1946.